

Lo más destacado del año 2003 fueron las grandes movilizaciones contra al gue-rra de Iraq. El año 2003 se recordará como el año en el que millones de personas salieron a la calle y exigieron la paz. Hemos querido que este acontecimiento fue-se el referente común de buena parte de los artículos que componen este Anuario. A través de diversas miradas desde distintos movimientos sociales hemos querido reflexionar sobre el sentido de estas movilizaciones. Porque las mismas han sido algo más que un acontecimiento. O han podido serlo. Conviene en este sentido hacer un recordatorio sobre cómo deben ser interpretadas —en términos genera-les— estas manifestaciones callejeras, desde la perspectiva de los movimientos so-ciales.

Paradójicamente las manifestaciones en la calle son acciones radicalmente tra-dicionales. Asumen uno de los rasgos característicos —e históricamente constan-tes— de una de las formas clásicas de la acción colectiva: los movimientos socia-les. Porque las manifestaciones no sólo tienen una virtualidad instrumental o identitaria, sino cuasi constitutiva de los movimientos sociales. Exagerando un poco, se puede decir que una acción colectiva entra en el territorio de los movimientos sociales cuando las personas comprometidas con esa acción, o simplemente inte-resadas en ella, salen a la calle. La manifestación expresa un rasgo muy propio, «esencial», de los movimientos sociales. Afirma, a través de la presencia colectiva en la calle, que no se acepta el orden existente; que no se acepta la normalidad de los cauces de reclamación social en los que se esfuman las víctimas de los agra-vios; que no se acepta la normalidad consistente en que sean otros los que dicen qué es lo que debe ser soportado y qué es lo que debe ser exigido. Que no se acep-ta, en definitiva, el fin del protagonismo de la sociedad. Que se cree y así se expre-sa mediante la presencia en la calle que ese protagonismo debe ser mantenido o recuperado.

Desde un enfoque más identitario, se puede considerar que esta recuperación de las calles obedece a una reacción frente al contexto, lo que genera a su vez, una cierta «determinación» de la acción por ese mismo contexto

En primer lugar hay que considerar el éxito de la ofensiva privatizadora de los ochenta y tempranos noventa. El espacio público cede su función política y se re-duce a actos de ocio y aclamación. Y esta limitación del espacio alcanza a los pro-prios movimientos sociales. Unos reducen sus movilizaciones públicas y refuerzan sus organizaciones más formalizadas. Y otros ya nacen y se desarrollan con una clara vocación de priorizar la profesionalización, la eficacia sobre el protagonismo público. En respuesta, aquellos grupos que protagonizaron la convocatoria de las movilizaciones contra la guerra, rechazaban estas reglas del juego, defendiendo uno de los requisitos pre-identitarios inexcusables de los movimientos sociales: la ne-cesidad de la expresión pública —y la ocupación de su equivalente espacio— para constituir

una identidad colectiva.

Recuperar el espacio público como condición posibilitadora de esa identidad y recuperar el mismo ejercicio de la identidad a través de la visibilidad. Un movimiento social es y existe en cuanto afirma la viabilidad de un mundo diferente y en cuanto se afirma a sí mismo como diferente. Y esa propuesta de alternatividad tiene un espacio y un momento privilegiado de expresión en las manifestaciones conjuntas en la calle. Es el momento en el que el movimiento se presenta como diferente y, sobre todo, el momento en el que se visualiza —en el que se reconoce a sí mismo— como diferente. Esta estrategia identitaria también se estaba perdiendo. Y las movilizaciones del invierno de 2003 la han tratado de recuperar.

La acción colectiva en la calle también tiene una función instrumental. Con ella se trata de presionar a autoridades y elites para lograr determinados objetivos y, asimismo, se busca multiplicar esa presión, conseguir que la acción llegue e inquiete a esas autoridades. Aquí es donde debe introducirse la cuestión mediática. Lo que no está en los medios de comunicación ni llega, ni mucho menos inquieta, a la Autoridad. Y lo que no es espectáculo no está en los medios. Las manifestaciones de escasa participación y formato convencional han dejado de ser noticia. Ello ha llevado a bastantes movimientos sociales a compensar con ruedas de prensa su incapacidad de hacer grandes y «vistosas» manifestaciones, limitando de hecho algunos movimientos sus acciones al campo mediático formal. En este sentido parece evidente que las manifestaciones de 2003 —dada su envergadura— también han supuesto la recuperación de esa capacidad instrumental para presionar a las instituciones públicas.

Deberíamos contrastar ahora algunas de estas genéricas reflexiones con la realidad de las manifestaciones habidas en 2003. En realidad sólo existe una pregunta que debemos contestarnos, una pregunta que engloba a todas nuestras perplejidades. ¿Estas movilizaciones, esta presencia en la calle, han supuesto la constitución o la afirmación de un auténtico protagonismo social? Dicho de otra forma. Estas movilizaciones ¿han desvelado la existencia de una nueva cultura política, de una nueva forma de entender la política y de situarse frente al poder? Una nueva forma que implica protagonismo, recuperación de un cierto sentir que el poder está en la sociedad, en el conjunto de los ciudadanos que colectivamente lo afirme.

No vamos a contestar ahora la pregunta. Parcialmente la respuesta está en este Anuario; en

algunos artículos y en la reproducción del debate llevado a cabo con un conjunto de militantes de diversos movimientos sociales. Tan solo apuntaremos un par de ideas que pueden ayudarnos a contestar mejor el interrogante y a combatir mejor a.... los pesimistas.

El primer argumento negativo nos dice que las movilizaciones han sido sólo un acontecimiento coyuntural, una reacción provocada por los excesos de prepotencia del gobierno. No hay más —insisten— y la mejor prueba de ello es que al cabo de muy pocos días el gobierno vuelve a ganar las elecciones municipales. Contraargumentamos. Sin duda creer, como creyeron algunos, que las movilizaciones implicaban el surgimiento de una especie de contrapoder popular y por tanto anunciaban un final dramático para el gobierno de derechas, era pura y simplemente un espejismo. Pero tampoco es verdad lo contrario; que el gobierno arrasó en las elecciones posteriores y que por tanto las movilizaciones fueron un pasajero suceso que no dejó huella alguna. Los partidos que apoyaron las movilizaciones sacaron muchos más votos que el PP. Por tanto se puede afirmar que los resultados electorales expresan la continuidad de al menos el rechazo a las decisiones del gobierno. Rebatido a los pesimistas, se puede afirmar que hay permanencia.

Pero permanencia ¿en qué? Los pesimistas nos dirán ahora que lo único que ha quedado es el cabreo. Pero que la gente ha vuelto a su casa, a su privacidad; que si en algún momento tuvo la sensación de protagonismo colectivo, ésta se ha disipado. Vuelta pues a la cultura individualista y pasiva frente a la política. Vuelta pues a la vieja cultura política.

No parece que las organizaciones y movimientos sociales, que de alguna forma podrían expresar ese protagonismo, hayan crecido sustancialmente con posterioridad a las movilizaciones. Pero también es cierto que ese protagonismo, esa vivencia colectiva de que el poder permanece en nosotros, no sólo se manifiesta en el discurso y la acción de grupos organizados. También está, aunque de forma escondida, en las redes de solidaridad, de complicidad, cotidianas que se viven por grupos de vecinos, de mujeres, de jóvenes. Conforman un sentido de pertenencia a una red informal que hace sentirse protagonista —con los otros— al individuo, que genera una cierta conciencia colectiva de ser capaz de despreciar a los Otros (a los «políticos») y de recordarles que dependen de Nosotros. Ese sentido se ha visto activado, reforzado y extendido con la experiencia de las movilizaciones. Sin duda. En consecuencia las manifestaciones no han conducido a la constitución de un contrapoder social, pero si han servido para mantener —y hacer crecer— la creencia de que el protagonismo social es posible. Y que tampoco es un sueño pensar que la política puede hacerse de forma diferente. Y por otros diferentes. Quizá es sólo una esperanza. Aunque para los tiempos que corren, nada menos que una esperanza.

## **Presentación / Las movilizaciones de 2003 ¿una nueva cultura política?**

Escrito por Pedro Ibarra y Elena Grau  
Miércoles, 01 de Enero de 2003 09:21 -

---